del trabajo fecundo, la voz de Nico, que clamaba:

—¿No hay quién dé más? lo vendo en diez, diez, diez, diez, doce, quince, dieciocho... lo vendo en dieciocho, señores, lo vendo en dieciocho... veinte, veinte, veinte, veinticinco, veinticinco, treinta, lo vendo en treinta, treinta, treinta...

Clarín triunfador, trompeta de Jericó, á cuyos sonidos las últimas vallas de su intransigencia, los ya endebles baluartes de su fe artística caían deshechos, y Tobi rendíase, vencido por el Mercurio, á quien soñara él un día vencer!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

Desgraciadamente, no tengo á la vista el autógrafo de una carta que el travieso Simón dirigió á Tobías, poco después de morir don Cayetano; pero sin pretender imitar el estilo picaresco, procuraré trascribir de memoria aquello que, en substancia, merezca serlo, dejando de lado el párrafo necrológico consagrado á la dolorosa desgracia: así, con sal más fina y frasear más feliz, la tal cartita decía lo siguiente:

«Hágome cargo, Montiel amigo, de lo que este golpe, (refiriéndose al suceso indicado) habrá conmovido tu corazón: contra tus enemigos, de dentro y de fuera, no tendrás ya el escudo mágico, defensa también de ti

mismo, que así paraba las acometidas ajenas como las del mortal desaliento, tisis del espíritu que poco á poco acaba con nuestras fuerzas morales. Sentiría doblemente tu desgracia, si ella pudiera ser inicial del proceso de tu conversión, de la abjuración, mejor dicho, de tus errores, é ingreso en la comunidad de los que amasamos nuestro pan al estilo del país; y lo sentiría, porque áun preciándome de buen profeta y á pesar de la natural vanidad del que acierta en sus vaticinios, sería mucha lástima que manos como las tuyas y un talento creador, que yo admiro, reducidos quedaran á bajas y vulgares faenas. Pero después de la acogida que el público y la crítica dispensaron á tu *Driade*, ¿quién es el valiente que vuelve á las andadas? Yo, en cambio, Montiel amigo, ¡asómbrate y enrojece hasta las orejas de vergüenza! acabo de obtener una medalla de honor, cuyo diploma, en marco dorado y bajo cristal, he puesto con el consiguiente orgullo en mi sala de esta rústica mansión, que te ofrezco incondicionalmente; ¡sí, Montiel, una medalla! ¿Por algún cuadro? preguntarás, ¿habrá enviado este diablo de Llano al extranjero sus telas, que juró destruir á navajazos? No, amigo mío: ¡asómbrate de nuevo y de nuevo enrojece! me han dado una medalla en la Exposición Rural por un cerdo soberbio que pesaba 280 kilos. Confiesa que tu *Driade* no ha merecido otro tanto, ni mucho menos.

»Ahora, á otra cosa: tengo malísimas noticias de Fontes y de Samos, que espero te apresurarás á verificar si son ciertas, por lo mucho que apreciamos á estos dos excelentes camaradas: de ambos me escriben que han desaparecido. Tú, que lees periódicos y vas al *Fomento,* ¿sabes algo? Averígualo y escríbeme en seguida, que mi alarma es tan grande, como el cariño que ambos me inspiran. ¡Ah! Montiel: podrá el tiránico Mercurio obligarnos á vestir la camiseta de galeotes, pero robarnos vidas tan preciosas..... Escríbeme, escríbeme en seguida.»

Precisamente, á causa de su luto hacía muchas noches que no iba Tobi al *Fomento*,

y debido á cierto rencorcillo, no leía periódico alguno, aislado del mundo; que el gran Leonardo y Fontes no le visitaran, le chocó tanto, que se inquietó; pero la llegada de la Sangilita y las lecciones de escultura siguientes, provocando peligros y precipitando soluciones de añejos problemas, le trastornaron de tal modo, que, fuerza será confesarlo, no se acordó ya, ¡oh ponderada amistad! ni de Fontes, ni de Leonardo, ni del santo de su nombre. No se acordó hasta que cayó del burro; sólo entonces, palpados los huesos, bizmadas las magulladuras, y apurado el bálsamo de cierta resolución trascendental, como el sabio de la décima calderoniana pensó en aquellos más infelices que él, desaparecidos en la borrasca, y dióse á buscarlos con el ansia y el dolor del que, después de la batalla, entre los cadáveres rastrea el cuerpo del amigo ó del hermano.

A la oficina de la Aduana, primero, fué á preguntar por Leonardo, y le contestaron que ya no era tal empleado, ni sabían

de él: efectivamente, ocupaba su mesa un joven muy finchado, que debía de ser pariente ó amigote del jefe, aquel mulatón que tomando mate se pasaba las horas y liando apestosos cigarrillos negros; porque el mozalbete, á horcajadas sobre el brazo de la butaca, con él departía familiarmente, mientras el trompudo ordenanza esperaba la consabida señal de los gorgoritos para recoger la calabaza No satisficieron á Tobi ni las noticias, ni la prueba evidente de la sustitución, y con cultos modales y corteses razones rogó al señor jefe se dignara decirle...

—¿Samos?—exclamó sin dejarle concluir el otro—¿Leonardo Samos? pues, á esta fecha estará en el Hospicio de las Mercedes: loco, loco de atar, señor mío! *tomá (al negro)* y le *decis* á Frajas que venga luego... *volvé* prontito... Sí señor, más loco que un cencerro. Figúrese usted: entraba, á veces, sin saludar, se sentaba en esta silla con el sombrero puesto, y metía la cara entre las manos; así, horas enteras. Samos, le decía

yo, ¿qué tiene usted? ¿no hay ganas de trabajar? Mi voz le sacaba de su soñarrera, se descubría muy corrido, y dale con los papeles; á lo mejor, tomaba un lápiz y á dibujar muñecos. Con todo esto el trabajo marchaba... ¡figúrese usted cómo marcharía! apellidos trabucados, numeraciones y fechas y todo hecho un enredo de mil demonios; en el santo día no cesaban de llover aquí las reclamaciones: Que me ha puesto usted Pedro, y yo me llamo Juan; que este número no es el mío... Y bultos perdidos, y quejas del Administrador, y amenazas de multas á este servidor de usted... ¿Qué dice Frajas? *(al negro que entraba nuevamente con el mate)* bueno, bueno, trae *pa cá*... Estaba yo harto de este caballero Samos, y con unas ganas de tumbarle... pero no lo hacía de pura lástima, de *considerao,* aunque no se debe ser tan *considerao* en la vida... *(chupando la bombilla)* Está tibio, getón de la gran flauta, te digo que está tibio! ¿no *tenés* fuego?... Pero, en la vida, señor mío, hay que aguantar la me-

cha, como le aguanto yo á este trompeta sus lavativas, que no otra cosa son los mates tibios que me trae; así le aguantaba á Samos sus barbaridades, por su pobre mujer y sus *chiquilines.* Como le iba á usted diciendo... pues, señor, un día ¿cuándo fué? ¿se acuerdan ustedes?

—El 15 de Febrero—apuntó un empleadillo del fondo.

—El 15 de Febrero—continuó el jefe—entra mi hombre á la hora reglamentaria, porque eso sí, más puntual que un inglés... entra mi hombre, y ¿á que no se imagina usted lo que hace? se quita el *saco,* y en mangas de camisa, con un pedazo de carbón, comienza á dibujar sobre esa pared: le dejamos, por ver en qué paraba aquello; bien se conocía que era pintor ó aficionado á pintar, pues en un dos por tres representó un caballo y sobre el *mancarrón* un general, que estaban los dos hablando. Pasa en esto, por casualidad, el Administrador, mira, descubre al extravagante pintamonas... ¡y se armó! primero, interrogatorio,

después, destitución... y no sé más. El se fué con el *saco* al hombro, riéndose, y por esta ventana le vimos que en la pared de enfrente, se ponía de nuevo á dibujar su *mancarrón* y su general. Después, no hemos sabido de él.....

El jovenzuelo finchado y los demás, con los hombros y el ladear de la cabeza dieron á entender también:

—¡No hemos sabido de él!

Tobi agradeció las noticias del mejor modo que la emoción le permitió, saludó torpemente y salió por esos corredores sin saber adónde iba, sufriendo encontrones y furiosas protestas de los que provocaba, tan ciego, tan ausente de sí mismo, que sólo el instinto le guiaba. En la plaza, quiso orientarse, y la imaginación, ocupada por entero en la horrible desgracia del gran Leonardo, no le dió oídas; se sentó, entonces, en un banco, mirando el peinado césped. Eran las seis; obscurecía. Como en las alturas de su taller, distrayendo y turbando el espíritu contemplativo, el rumor colosal de la ciudad le desafiaba, de coches, tranvías y carros, pasos y voces, rumor que claramente decíale:

—Soy el Comercio, soy el Mercurio todopoderoso, cuyo culto has pretendido eludir, como Samos, como Fontes, necios á quienes he vencido y aplastado. Mírate en ese espejo y reacciona, que tu delirio pasará en cuanto te acerques contrito á mis altares. ¡A tus espaldas está mi templo, la Bolsa! vuélvete y cuenta mis legiones, si puedes...

Volvióse Tobi y advirtió el hormiguear de la escalinata y el rebullir de gentes y vehículos en la bocacalle de 25 de Mayo, en la bajada á la Estación Central y hacia la calle de Rivadavia; sintióse perdido en aquel mar, más desamparado que nunca, más huérfano, más extranjero, ahora que la muerte se había llevado á don Cayetano y quizá á Roberto, apagado la locura el brillante cerebro de Leonardo y extinguídose completamente la dulce esperanza de Graciana.... Escapó hacia la calle de San Martín, y en la Catedral se refugiara si las

puertas estuvieran abiertas; sus piernas le llevaron, que no su voluntad, á la casa del *Fomento*, y contra la encadenada cancela dió de golpe, ola que choca en la orilla: vino Rocco, abrió y no le dejó avanzar sin espetarle la pregunta:—¿Sabe usted del señor Samos?... ensartando luego complicada retahila en aquella jerga suya intraducible. Como Tobi inquiriera si dentro estaba alguno de la Junta, Rocco respondió:

—*Il signor tresoriero stá lá in quella sala di fronte.*

Ya sabemos que el tesorero no era otro que aquel *Mozart* alambicado, blanco de las pullas de Simón, que le puso el mote y no hubo quien después se lo quitara; pasante de escribano mientras llegaba el esperado florecimiento de las artes, y por pagar diezmos á Euterpe, visto que el sueldo de curial no daba de sí aunque de un cabo y de otro tiraran la economía y las privaciones, enseñando el violín á precio módico en las horas libres... Estaba en la sala de la *Directiva*, con un libraco delante y muchos papeles,

que escogía, anotaba y separaba luego una mano larga, huesosa y amarilla, tras de la cual, por ser miope y escasear la luz, andaban pegados los espejuelos y las narices arreboladas; la interposición de Tobías en el hueco de la puerta le dejó á obscuras, obligándole á suspender la tarea, y aunque le reconoció, no dijo nada, ni el otro tampoco, estrechándose ambos las manos con la grave solemnidad de quien da y recibe un pésame. Tobi se sentó cerca de la mesa, puso en ella un codo y miró abstraído el ir y venir de la mano amarilla sobre los papeles revueltos.

—Aquí me tiene usted, señor Montiel —dijo al cabo el joven músico—haciendo un balance general de nuestra sociedad; como el Juez supremo en el día del juicio, pongo á mi derecha los buenos, los que pagan, y á mi izquierda los tramposos; observe usted cómo aumentan éstos ¡y qué pocos son los escogidos! así anda todo, y la sociedad se hunde: los profesores de dibujo y acuarela están impagos y se le deben tres

meses al casero; por más que yo escurro las cuentas, la caja no da más, ni una gota. Esta noche tenemos asamblea, y me he escapado de mi oficina para poner todo esto en orden, faltando á una leccioncita que allá por el barrio de Centro-América me entretiene un par de horas los martes, jueves y sábados; pero ¿qué quiere usted? no puedo partirme en pedazos. Muy graves resoluciones han de adoptarse en esta sesión: en primer lugar, discurrir arbitrios para el sostenimiento de la sociedad; en segundo lugar, resolver lo de la acefalia: ¿sabe usted que estamos sin Presidente, y lo que es peor, que no sabemos lo que se ha hecho nuestro Presidente?

—¿No sabe usted lo que ha sido de Samos?—preguntó á su vez, dolorosamente, Tobi.

—Lo que aquí sabemos—contestó el *Mozart* con misterio—es lo que cuentan en la Aduana: que fué un día é hizo las tonterías esas que á usted le habrán referido, pero nada más. Siempre el señor Samos ha sido

algo estrambótico, y no me extrañaría perdiera la chabeta, contrariado por las corrientes que le apartan de sus aficiones... Entretanto, como ignoramos su domicilio, no tenemos indicio alguno de su paradero: si se hubiera muerto, en el Registro municipal estaría anotado, y no está; si le hubieran encerrado en el manicomio, allí estaría, y no está: ¿es cosa de dar parte á la autoridad y armar un escándalo, cuando nadie nos faculta ni da velas en el entierro? su familia no chista, luego su familia conoce dónde para. Así, como ya va corrido un mes de esta incertidumbre, ó se le declara cesante por abandono... ó se hace lo que la mayoría resuelva.

Algo calmó el dolor de Tobi esta duda, prevaleciendo sobre las alarmas despertadas. ¡Quién sabe! se habría marchado al campo, tal vez, á reposar el abatido espíritu y retemplarle para seguir luchando. Sí, pero Roberto, ¿qué era de Roberto? Pronunció miedosamente su nombre, añadiendo:

—Llano me escribió, y mi luto y mis quehaceres me han impedido averiguarlo...

Aquí la mano amarilla se juntó con su compañera, dando fuerte palmada, y exclamó el músico:

—¿Usted no lo sabía? pues sí, nuestro malogrado Roberto murió en Febrero, allá por el 5 ó el 6.

—¿Suicidio?—preguntó el joven, aplanado por la terrible nueva.

—¡Suicidio! y verá usted cómo.....

Rodando andaba en los periódicos la noticia de cierta pesca fúnebre realizada en el muelle viejo, y todo era investigar, suponer y dudar acerca de la identidad del sujeto ahogado, porque no ofrecía otras señales que las de una putrefacción muy avanzada, cuando una tarde se presentó en el *Fomento* una señora ya anciana, pobremente vestida, pero con esa atildadura que revela los buenos tiempos pasados y la buena cuna. Venía llorosa, á preguntar por su hijo, si sabían algo de su hijo, si estaba en la casa su hijo, desaparecido del hogar ocho

días antes. Samos, el gran Leonardo, y él, el joven músico, la recibieron en aquella misma sala de la Junta; pidiéronle detalles del suceso, comprobantes de sus sospechas de que el infeliz Roberto debió morir, puesto que en ninguna parte le encontraba, y trataron de consolarla de la mejor manera. Ella hablaba y lloraba, contando cosas tristísimas: la penuria más negra en el hogar, trastornado Roberto por el delirio artístico, que no le permitía ver claro en las realidades de la vida, despedido por todos, sin hallar trabajo adecuado á sus facultades, consumiéndose en la impotencia y la desesperación; últimamente, hubo de aceptar, porque no murieran de hambre los dos, no sé qué cargo mezquino en una empresa de cloacas, y tan baja faena le obligaban á hacer, que se amilanó completamente. Noche á noche volvía del trabajo con náuseas, enfermo y sin fuerzas; se quejaba á la madre:

—¡Mamá, no puedo más! ¡yo no he nacido para esto!

Dominado por la fiebre creadora, se pasaba la velada con el cincel y el martillo, tras, tras, tras, tras; muchas veces se acostaba á las dos de la mañana, debiendo estar en su empleo á las siete; un día faltó á la hora, y le amenazaron con despedirle: él sonreía penosamente, y murmuraba:

—¡Si me despiden, me mato! porque después de esto ¿á qué pretenderán sujetarme?

Pues le despidieron..... ¡Ah! ¡qué cara la suya, qué acento de congoja, qué grito del alma herida, al anunciarlo á su madre!

—¡Mamá, me han echado también! ¡Soy un ser inútil, que no sabe ganar su pan! ¿Qué quieren de mí? ¿Que me ponga en cuatro pies? ¿No me han humillado bastante?

Se golpeó furioso la frente, como si destrozar quisiera aquel talento, que más de estorbo que de ayuda le servía, y junto á sus figuras de yeso, á sus bustos de mármol, entre las creaciones de su fantasía pasó la noche sin dormir, gimiendo, hablando con seres invisibles. De madrugada, despertó á

su madre con un beso muy frío en la mejilla; ella le oyó susurrar:

—No te asustes, mamá, si no vuelvo en todo el día; voy en busca de mejor empleo.

Parecióle que sollozaba, y de la cama se arrojó para detenerle, pero no pudo..... Ni aquel día ni el siguiente volvió; ¡no volvió más, no le vió más! ¿Dónde estaba su hijo? ¿Quién le daba noticias de su hijo?

Leonardo y el músico se brindaron, conmovidos, á recorrer la tierra en busca de Roberto, y fueron en compañía de la señora derechamente á la Prefectura, guiados por la maternal corazonada que el desconocido suicida del muelle debía de ser el hijo extraviado. Las dos manos amarillas se crisparon..... ¡Qué calvario hasta llegar al Depósito, qué emoción al descubrir el cuerpo, qué grito al reconocerle!

—¿Le reconoció?—preguntó ansiosamente Tobi.

—Ella sí—contestó el joven—le reconoció al punto, no sé en qué, instinto de madre, sin duda, porque ni el señor Samos ni

yo encontramos en aquella cara hinchada, papilla putrefacta, rasgo alguno parecido á Fontes; no era rostro humano siquiera. Estaba desnudo de la cintura arriba, y le aseguro á usted... en fin, permítame que corra el telón sobre tanta miseria.

Tobi inclinó la cabeza y pareció que lloraba. El músico, silencioso, tornó al revoltillo de sus papeles. Poco á poco la luz vespertina se extinguía.....

—¿Tiene usted fósforos?—preguntó *Mozart*—porque no veo tres en un burro; ¿no? pues esperaré á Rocco, que habrá ido ya por mi comida; es mi costumbre, cada vez que tengo algún trabajo urgente: un trozo de queso, pan y vino, y tan campante; sí, señor Montiel, ¡buenos están los tiempos para los artistas! Tenemos que forrarnos de comerciantes si queremos vivir medianamente: póngase usted al través de la corriente, y la corriente le arrastrará como una paja. ¡Ahí está el ejemplo de Fontes, ahí está el del señor Samos, que Dios sabe en qué habrá venido á parar! Porque el señor Samos ¿me escucha usted? el señor Samos, desde aquel día recordado, para mí, acabó de chiflarse. Dijo unas cosas... hizo unas cosas... en ese sofá se pasaba tumbado las horas y las horas; una vez le encontré delante de la *Vénus*, y conforme me vió se lanzó sobre mí gritando: «Apártese usted, que su presencia me turba.....» Y era que estaba con el lápiz resolviendo el problema de cómo debieron ser los brazos perdidos. Se ensimismó de tal modo, que con él no se podía contar; dió en faltar á las sesiones, y de repente... la del humo. Echarle un galgo... Conque, señor Montiel, aquí tiene usted lo que pasa; después de esto, me parece que lo más acertado será cantarle el requiem al *Fomento*.

—Sí—murmuró Tobi con amargura—será lo más acertado, é imitar todos á Simón Llano si no queremos caer en las frías garras de la muerte, ó de la locura, que es cien veces peor que la muerte. No le extrañe á usted oirme hablar así, usted, que en otras ocasiones me ha oído decir lo contra-

rio: ya no soy el apóstol de antes, en mi alma el fuego sacro se apagó, por las mismas causas fatales é irremediables á que tantos otros sucumbieron. El veneno que nos mata está en la atmósfera que nos envuelve. No hay remisión, ni escape, como no lo hay para el pájaro encerrado en la máquina pneumática. Pretender rodearse de una atmósfera artificial, sustraerse á la vida común, hacer rancho aparte, en una palabra, no es posible. Ayer me lo parecía. Hoy ya no me lo parece. ¡Cuánta mudanza! ¡y cuánto desengaño para tanta mudanza! No, no, el cincel en mis manos es instrumento inútil; no sabría ya manejarlo, porque me falta la inspiración que lo guíe. Y sin embargo... mire usted, tengo confianza en el porvenir. Quisiera, como en ese delicioso cuento de hadas, dormir durante cien años y despertar en la aurora del siglo XXI. ¡Qué deslumbramiento! ¡qué decoración soberbia! Las Artes y las Ciencias, reinas de la gran ciudad, cumplida la evolución natural que la civilización impone, y cuyas

leyes á ningún país le es dable transgredir. Amigo mío, hemos nacido demasiado temprano; apaguemos nuestra antorcha y á preparar la tierra para nuestros descendientes; ¡ellos recogerán el fruto, ellos verán la luz!

—Pues nosotros la veremos también—dijo el músico con inoportuna jovialidad—aquí viene Rocco y traerá fósforos, que nos sacarán de este limbo de tinieblas. Adelante, milanés insigne; toma esos *briquetti*, ó como se llamen en tu hermosa lengua las cerillas inflamables, y *fiat lux!*

Rocco dejó sobre la mesa una bandeja, que en la palma de la mano muy diestramente sostenía, buscó la cajetilla, encendió el gas, y á la repentina claridad surgieron en el consabido plato de metal la botella de vino, el pan, el queso y hasta una buena lonja de salchichón, que componían la cena del señor tesorero.

—¿También *salame?*—exclamó éste husmeando el indiscreto aroma;—Rocco, ¡vaya un despilfarro! en fin, tiene tan simpático